

barón asomó por los cristales, la joven sintió en su alma y en su pecho una emoción profunda, un tumultuoso impulso de afecto como jamás lo había sentido.

Pero se quedó suspensa y estuvo á punto de desmayarse cuando vió á mamáta. En los seis meses de invierno la baronesa había envejecido diez años. Sus grandes mejillas, blandas, caídas, se habían enrojecido como si estuviesen teñidas en sangre; su mirada habíase apagado; para que se moviera tenían que levantarla de ambos brazos; su respiración penosa se había hecho silbante, y tan difícil, que los que estaban á su lado experimentaban molestia dolorosa.

El barón, que la veía á todas horas, no había advertido esta decadencia; y cuando ella se quejaba de sus continuos ahogos, de su pesadez, que cada día era mayor, respondía:

—No, hija mía, no; yo siempre te he conocido así.

Después de acompañarles á su habitación, retiróse á la suya para llorar, desconsolada, abatida. Luego fué á buscar á su padre, y estrechándose contra su pecho, con los ojos llenos todavía de lágrimas, le dijo:

—¡Pero qué cambiada está mamá! ¿Qué tiene? dímelo, ¿qué tiene?

El barón se sorprendió, y dijo:

—¿Te lo parece? ¡Vaya una ideal! Pues no, no me he separado de ella un momento, y te aseguro que yo no la encuentro mal; está como siempre.

Aquella noche dijo Julián á su mujer:

—Tu madre cose con mal hilo. La encuentro mal.

Y al ver que Juana estallaba en sollozos, se impacientó:

—Vamos, mujer, esto no quiere decir que no tenga remedio. Siempre has de ser exagerada. Ha cambiado, nada más, lo cual es propio de su edad.

Al cabo de ocho días, apenas pensaba en ello, acostumbrada ya á la nueva fisonomía de su madre, y rechazando quizá sus temores, como se rechazan siempre, por una especie de instinto egoísta, de necesidad natural de tranquilidad de alma, las aprensiones, los cuidados amenazadores.

La baronesa, que ya no podía andar, no salía más que media hora cada día. Una vez que ha-

bía recorrido *su* avenida, no podía moverse más y pedía que la dejarán sentarse en *su* banco. Y cuando se veía imposibilitada hasta de llegar al extremo del paseo, decía:

—Detengámonos; hoy mi hipertrofia me rompe las piernas.

No se reía, contentándose con sonreír ante cosas que el año anterior la hubieran hecho prorrumpir en carcajadas. Pero como conservaba la vista, pasaba los días leyendo *Corina* ó las *Meditaciones*, de Lamartine; luego pedía que la trajesen la caja «de los recuerdos». Y vaciando sobre sus rodillas las viejas cartas caras á su corazón, ponía la caja á su lado é iba guardando una á una sus «reliquias» después de haber vuelto á leerlas. Y cuando estaba sola, completamente sola, besaba algunas de ellas, como se besan en secreto los cabellos de los muertos á quienes se amó en vida.

A veces entraba bruscamente Juana, y la encontraba llorando lágrimas amargas.

—¿Qué tienes, mamáta?—la decía.

Y exhalando un gran suspiro, respondía la baronesa:

—Mis reliquias tienen la culpa de todo. Re-

mueve una cosas que eran buenas y que pasaron. Además, hay personas en quienes apenas se pensaba, y que reaparecen de pronto. Cree una verlas, oírlas; y esto hace un efecto espantoso. Ya conocerás, más tarde, lo que es esto.

Cuando el barón llegaba en estos momentos de melancolía, murmuraba:

—Juana, hija mía, si quieres creerme, quema tus cartas, todas tus cartas, las de tu madre, las mías, todas. No hay nada más terrible, Juana, cuando uno es viejo, que asomarse á su juventud.

Pero Juana guardaba también sus cartas, preparando su «caja de reliquias,» obedeciendo, aun cuando difería de su madre, á una especie de instinto hereditario de sentimentalismo soñador.

Al cabo de unos días el barón tuvo que ausentarse para un asunto, y se marchó.

El tiempo era magnífico. Las noches dulces, sembradas de estrellas, sucedían á las tardes serenas, las tardes serenas á los días radiantes, y los días radiantes á las auroras esplendentes. Mamáta se repuso; y Juana, olvidando los amo-

ríos de Julián y la perfidia de Gilberta, se sentía casi por completo dichosa. Todo el campo estaba florido y perfumado; y el vasto mar, siempre en calma, resplandecía, desde la mañana á la noche, como un espejo.

Una tarde Juana cogió en brazos á su hijo y se fué al campo. Miraba sucesivamente á Pablo, la hierba, acribillada de flores á lo largo del camino, sumergiéndose en una felicidad sin límites. De minuto en minuto besaba al niño, estrechándole con pasión contra su seno; luego, acariciada por algún sabroso olor campestre, sentíase desfallecer, abstraída en un bienestar indefinido. Después pensó en el porvenir de aquella criatura. ¿Qué sería? Tan pronto quería que fuese un grande hombre afamado, poderoso, como prefería que fuese humilde para que estuviese con ella constantemente, afectuoso, tierno, siempre con los brazos abiertos hacia mamá. Cuando le quería con su corazón egoísta de madre, deseaba que fuese siempre su hijo, nada más que su hijo; pero cuando le quería con su razón apasionada, ambicionaba que sobresaliese entre los demás.

Sentóse á orillas del camino, y se puso á mi-

rarle. La pareció que no le había visto nunca, y se asombró al pensar que aquel niño crecería, andaría con paso firme, tendría pelos en la cara y hablaría con voz sonora.

Oyó que alguien la llamaba desde lejos, y alzó la cabeza. Era Mario, que venía corriendo. Creyó que la esperaba una visita, y se levantó, disgustada de que la molestasen. Pero el chico llegaba á escape, y cuando estuvo cerca, gritó:

—¡Señora! ¡Es que se ha puesto muy mala la señora baronesa!

Sintió como si una gota de agua fría corriese todo á lo largo de su espalda, y, aturdida, echó á correr rápidamente.

Desde alguna distancia vió un grupo de gente aglomerada bajo el plátano. Se precipitó hacia aquel grupo, que se abrió para darla paso, y vió á su madre tendida en el suelo, con la cabeza sostenida por dos almohadas. El rostro estaba completamente negro, los ojos cerrados, y su pecho, que llevaba veinte años jadeando, ahora no se movía. La nodriza cogió al niño de los brazos de su madre y se le llevó.

Juana, aturdida, preguntó:

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo se ha caído?  
¡Que vayan á buscar al médico!

Y al volverse distinguió al cura, avisado no se sabe cómo. Ofreció sus cuidados, y empezó á prestarlos, levantándose las mangas de la sotana. Pero el vinagre, el agua de Colonia, las fricciones, todo fué ineficaz.

—Habrás que desnudarla y meterla en la cama, dijo el sacerdote.

El colono José Couillard, el tío Simón y Ludivina estaban entre los presentes. Ayudados por el padre Picot, quisieron levantar á la baronesa; pero al ponerla en pie, la cabeza cayó hacia atrás, y como pesaba tanto, la ropa se rompió. Entonces Juana, horrorizada, empezó á gritar. Y volvieron á dejar en tierra el cuerpo enorme, abandonado á sí mismo.

Preciso fué tomar una butaca del salón, y una vez sentada en ella pudieron llevársela. Paso á paso subieron, la escalinata primero, la escalera después, y, ya en la alcoba, la pusieron sobre la cama.

Como la cocinera no acababa de desnudarla, la ayudó la viuda Dentú, que había acudido en seguida, lo mismo que el sacerdote, como si

uno y otra hubieran «olido carne muerta,» según trase de los criados.

José Couillard partió á rienda suelta en busca del doctor; y cuando el sacerdote se disponía á ir por los Santos Óleos, la enfermera le murmuró al oído:

—No os molestéis, señor cura; yo entiendo de esto: ya se ha ido.

Juana, como una loca, suplicaba; no sabía qué hacer, ni qué intentar, ni á qué remedio acudir. El cura, á todo evento, pronunció la fórmula de absolución.

Durante dos horas todo el mundo estuvo expectante cerca de aquel cuerpo amaratado y sin vida. Caída ahora de rodillas, Juana sollozaba, consumida de angustia y de dolor.

Cuando se abrió la puerta y vió que entraba el doctor, creyó que con él entraban también la salvación, el consuelo, la esperanza, y se precipitó hacia él, balbuceando todo cuanto sabía del accidente:

—Estaba paseándose, como todos los días... se sentía bien... muy bien... había tomado un caldo y dos huevos en el desayuno... cayó de pronto... se puso negra, como la veis, y no se

ha movido... todo lo hemos intentado para reanimarla... todo...

Sorprendida por un gesto discreto de la enfermera al médico, que quería significar que todo había concluído, se calló. Y negándose á comprender, le interrogó amistosamente, repitiendo:

—¿Es grave? ¿Creéis que es grave?

Por fin habló el doctor:

—Mucho me temo que todo... haya... haya concluído. Tened valor, mucho valor.

Juana, abriendo los brazos, se echó sobre el cuerpo de su madre.

Entraba Julián. Visiblemente contrariado, pero sin un grito de dolor, sin desesperación aparente, se quedó estupefacto, cogido de improviso con demasiada brusquedad para de pronto adoptar el rostro y la actitud de rigor en aquellas circunstancias. Murmuró:

—¡Ya me lo esperaba yo; ya comprendía que esto se acababa!

Luego sacó el pañuelo, se enjugó los ojos, se arrodilló, se persignó, refunfuñó algo, y, levantándose, quiso alzar á su mujer. Pero ésta, casi tendida sobre el cadáver, estaba abrazada á él y

le besaba. Tuvieron que llevársela á viva fuerza. Parecía loca.

Pasada una hora, la permitieron que volviera. No quedaba ninguna esperanza. La habitación se había convertido en capilla ardiente. Cerca de una ventana, Julián y el sacerdote hablaban en voz baja. La viuda Dentú, sentada cómodamente en un sillón, como mujer acostumbrada á velar y que se siente en su casa allí donde penetra la muerte, parecía ya medio adormilada.

Caía la noche. El sacerdote se adelantó hacia Juana, la cogió ambas manos, la animó, derramando sobre aquel corazón inconsolable la onda oleosa de los consuelos eclesiásticos. Habló de la difunta, la celebró en términos sacerdotales, y triste, con esa falsa tristeza de los curas que sacan partido de los muertos, se ofreció á pasar la noche rezando al lado del cadáver.

Pero Juana, á través de sus lágrimas convulsivas, rehusó. Quería estar sola, completamente sola, en aquella última noche. Adelantóse Julián:

—Eso no puede ser; nos quedaremos los dos, dijo.

La joven decía que «no» con la cabeza, incapaz de hablar más. Por fin pudo decir:

—Es mi madre, mi madre; quiero velarla yo sola.

El médico murmuró:

—Dejad que haga lo que quiera; la enfermera puede quedarse en la habitación próxima.

Pensando en su cama, el sacerdote y Julián consintieron. Luego el padre Picot se arrodilló á su vez, oró, levantóse y salió murmurando:— Era una santa,—con el mismo tono con que decía: *Dominus vobiscum*.

Después el vizconde, con su voz de siempre, preguntó:

—¿Quieres tomar algo?

Juana no contestó, ignorando que la pregunta se dirigía á ella. Julián continuó:

—Harías bien en comer cualquier cosa para sostenerte.

Ella le dijo al fin, con aire de extravío:

—Envía á llamar á papá en seguida.

Y su marido salió para disponer que un hombre á caballo marchase á Rouen.

Quedóse ella abismada en una especie de dolor inmóvil, como si para abandonarse á la ola

ascendente de las penas desesperadas, hubiera aguardado la hora de la última entrevista.

Las sombras habían invadido la habitación, envolviendo en sus tinieblas á la difunta. La viuda Dentú, con su paso menudo, se puso á andar de un lado para otro buscando y disponiendo objetos visibles, con movimientos silenciosos de enfermera. Luego encendió dos bujías, que depositó suavemente sobre la mesa de noche, cubierta por una servilleta blanca, á la cabecera del lecho.

Al parecer Juana no veía nada, no sentía, no comprendía nada. Aguardaba á quedarse sola. Julián volvió á entrar; había comido ya, y otra vez preguntó:

—¿No quieres tomar nada?

Su mujer hizo un signo negativo con la cabeza.

Sentóse él en silencio, con aire más resignado que triste.

Así estuvieron los tres, distantes unos de otros sin moverse en sus asientos.

De cuando en cuando, la enfermera, que se dormía, roncaba un poco; luego se despertaba bruscamente.

Julián acabó por levantarse, y acercándose á Juana:

—¿Quieres quedarte sola ya?

En un arranque involuntario cogióle ella la mano:

—¡Oh, sí! dejadme sola.

El vizconde la dió un beso en la frente, murmurando:

—Vendré á verte con frecuencia.—Y salió con la viuda Dentú, que hizo rodar su butaca hasta la otra habitación.

Juana cerró la puerta, luego fué á abrir las dos ventanas, y recibió en pleno rostro la tibia caricia de una noche de siega. El heno del prado, segado la víspera, estaba, apilado recibiendo la luz de la luna.

Esta dulce sensación la hizo daño, porque creyó ver en ella algo irónico.

Volvió junto al lecho, cogió una de las manos frías é inertas de su madre, y se puso á considerarla atentamente.

No estaba ya tan hinchada como en el momento del ataque; ahora parecía dormir más apaciblemente que nunca; y la pálida llama de las hachas que el aire hacía oscilar, disipaba á

cada momento las sombras de su rostro, dándole apariencias de vida, como si se hubiese movido.

Juana la miraba con avidez, y evocaba del fondo lejano de su primera juventud una porción de recuerdos.

Acordábase de las visitas de mamaíta al locutorio del convento; cómo la tendía el papelón de dulces y pasteles, una porción de detalles pequeños de hechos ligeros, leves ternuras, palabras, entonaciones, gestos familiares, los pliegues de sus ojos cuando se reía, su suspiro ahogado cuando acababa de sentarse.

Y permanecía allí absorta, repitiendo con una especie de atontamiento:

—Ha muerto.

Y comprendió todo lo horrible de esta palabra.

Aquella que estaba allí tendida—mamá, mamaíta, Mme. Adelaida—¿estaba muerta? No se volvería á mover, no volvería á hablar, no se reiría más, no comería ya nunca enfrente de papaíto; no volvería á decir:—«Buenos días, Juanita.»—¡Había muerto!

Iban á meterla en una caja, á clavarla, á en-

terrorarla, y todo habría concluído. Ya no la vería más. ¿Era esto posible? ¿Cómo? ¿No tendría ya madre? Aquel rostro querido, tan conocido, y visto desde que se abrieron sus ojos, amado desde que se abrieron sus brazos, aquel gran manantial de afecto, aquel ser único, la madre, más importante para el corazón que todos los demás seres, había desaparecido. Ya no la quedaban más que unas cuantas horas de ver su rostro, aquel rostro inmóvil y sin pensamiento; después, nada, nada ya, un recuerdo.

Cayó de hinojos en una crisis horrible de desesperación; y con las manos crispadas sobre la ropa que retorció entre sus dedos, la boca pegada al lecho, gritó con voz desgarradora, ahogada entre las sábanas y las mantas:

—¡Oh, mamá, mamá; pobre mamá mía!

Y como comprendiese que se iba á volver loca, loca como aquella noche de fuga por la nieve, se levantó y fué corriendo á la ventana para tomar el fresco, para beber aire nuevo que no fuese el aire de aquel lecho, el aire de aquella muerta.

Los céspedes cortados, los árboles de la lancha, el mar allá abajo, dormían en el seno de una

paz silenciosa, bajo el tierno encanto de la luna. Algo de aquella tranquilizadora dulzura invadió á Juana, que empezó á llorar lentamente.

Luego volvió al lecho y se sentó, tornando á tomar en su mano la mano de mamáta, como si la velase en una enfermedad.

Atraído por la luz de los cirios había entrado un insecto, golpeaba los muros como una pelota, iba de un lado á otro del cuarto. Juana, distraída por su vuelo y su zumbido, alzaba los ojos para verle, pero no llegaba á percibir más que su sombra, que vagaba por la blancura del techo.

Después no le oyó. Entonces notó un ligero tictac del péndulo y otro ruido pequeño, ó más bien un rozamiento apenas perceptible. Era el reloj de mamáta que seguía andando, olvidado en las ropas tendidas sobre una silla á los pies del lecho. Y una vaga relación entre esta muerta y aquella máquina que no se había detenido, reavivó el dolor agudo de Juana.

Miró la hora. Eran escasamente las diez y media; y se sintió presa de miedo horrible ante aquella noche pasada toda entera en aquel sitio.

Otros recuerdos acudían á su imaginación: los de su propia vida. Rosalía, Gilberta, las amargas desilusiones de su agobiado corazón. Es decir, que todo era miseria, pena, desgracia y muerte; todo engañaba, todo mentía, todo hacía sufrir y llorar. ¿Dónde hallar un poco de reposo y alegría? ¿En otra existencia sin duda? Cuando el alma esté libre de la prueba terrenal. ¡El alma! Púsose á soñar, á soñar en este insondable misterio, lanzándose bruscamente en poéticas convicciones, que otras hipótesis, no menos vagas, echaban inmediatamente por tierra. ¿Dónde estaba, ahora, el alma de su madre, el alma de aquel cuerpo inmóvil y helado? Tal vez muy lejos. ¿En algún punto del espacio? ¿Pero dónde? ¿Evaporada como el perfume de una flor seca, ó errante como un pájaro invisible escapado de su jaula? ¿Llamada por Dios, ó esparcida al acaso en las nuevas creaciones, mezclada á los gérmenes prontos á brotar?

¿Muy próxima tal vez? ¿En aquel cuarto, junto á aquella carne inanimada que había abandonado? Y, bruscamente, Juana creyó sentir que un soplo la rozaba, como si fuese el contacto de un espíritu. Tuvo miedo, un miedo ho-

rrible, tan violento, que no se atrevía á moverse, ni á respirar, ni á volverse para mirar á su espalda. Su corazón latía como espantado.

Y de pronto, el invisible insecto volvió á alzar su vuelo y á revolotear chocando contra las paredes. La jóven se estremeció de pies á cabeza primero; sosegada luego, cuando reconoció el zumbido del alado animalillo, se levantó y se volvió. Sus ojos cayeron sobre el *secretaire* de las cabezas de esfinge, el mueble de las reliquias.

Y una idea tierna y singular se apoderó de ella; leer en esta última velada, á modo de libro de oraciones, las viejas cartas que eran tan caras á la difunta. Creyó que iba á llenar un deber delicado y santo, algo verdaderamente filial que, en el otro mundo, produciría placer á mamáta.

Era la antigua correspondencia de sus abuelos, á quienes ellos no habían conocido. Quería tenderles los brazos por cima del cuerpo de su hija, ir hacia ellos en esta fúnebre noche, como si ellos también sufriesen; formar una especie de misteriosa cadena de ternura entre aquellos muertos de hacía tiempo, la que acababa de

desaparecer á su vez, y ella, que quedaba aún en la tierra.

Levantóse; bajó la tablilla del *secretaire* y sacó del cajón de abajo diez paquetitos de papeles amarillentos, ordenados y puestos unos al lado de los otros.

Los dejó todos sobre la cama, entre los brazos de la baronesa, por una especie de refinamiento sentimental, y empezó á leer.

Eran cartas viejas de esas que se encuentran en los antiguos *secretaires* de las familias, esas cartas que huelen á otro siglo.

La primera empezaba así: «Querida mía;» otra: «Hermosa hija mía;» muchas: «Pequeñina mía,» «Amor mío,» «Mi adorada hija;» después: «Mi querida niña,» «Mi querida Adelaida,» «Mi querida hija;» según se dirigían á la niña, á la joven y, más tarde, á la mujer.

Y todo esto estaba lleno de ternuras apasionadas y pueriles, de mil cosas íntimas, de esos grandes y sencillos acontecimientos del hogar, que tan mezquinos son para los indiferentes: «papá tiene tos; Hortensia, la criada, se ha abrasado un dedo; el gato Croquerat ha muerto; han cortado el abeto que había á la derecha de

la empalizada; á mamá se la ha perdido su libro de misa al volver de la iglesia, y cree que se lo han robado.»

Hablábase también en ellas de personas desconocidas para Juana, pero cuyo nombre recordaba vagamente haber oído pronunciar en otro tiempo, en su infancia.

Estos detalles, que la parecían revelaciones, la enternecían como si hubiera entrado de pronto en toda la vida pasada, secreta, la vida del corazón de mamá. Miraba el cuerpo yacente, y con un brusco movimiento púsose á leer en voz alta, á leer para la muerta, como si quisiera distraerla, consolarla.

Y el cadáver, inmóvil, parecía feliz.

Una á una iba arrojando las cartas á los pies de la cama; y pensó ponerlas en el ataúd, á modo de flores.

Desató otro paquete. Era de letra desconocida. Empezó á leer: «No puedo pasarme sin tus caricias. Te amo y me vuelves loco.»

Nada más: no llevaba firma.

Dió la vuelta al papel sin comprender lo que aquello significaba. Las señas estaban bien: «Señora baronesa de Le-Perthuis des Vauds.»

Abrió la siguiente: «Ven esta tarde, en cuanto él salga. Tendremos una hora por nuestra. Te adoro.»

En otra: «He pasado una noche de delirio deseándote inútilmente. Tenía tu cuerpo en mis brazos, tu boca bajo mis labios, tus ojos bajo mis ojos. Y, además, sentía rabias y cóleras que me daban tentaciones de tirarme por el balcón, pensando que, á aquella misma hora, tú dormías á su lado, te tenía como quisiera...»

Juana, suspensa, no comprendía.

¿Qué era aquello? ¿De quién y para quién eran aquellas palabras de amor?

Hallando siempre declaraciones desenfrenadas, citas con recomendaciones de prudencia, prosiguió su lectura, leyendo siempre, al final, estas cinco palabras: «Sobre todo, quema esta carta.»

Por último abrió una carta insignificante, una simple aceptación para comer, pero de la misma letra, y firmada: «Pablo de Ennemare,» aquél á quien el barón llamaba, cuando todavía hablaba de él: «¡Pobre Pablo!» y cuya mujer había sido la mejor amiga de la baronesa.

Y Juana, bruscamente, tuvo una duda que en

seguida se convirtió en una certidumbre: su madre le había tenido por amante.

Y de pronto, con la cabeza atontada, rechazó de una sacudida aquellos papeles infames, como hubiera rechazado un animal venenoso que se la hubiese subido encima, y corrió á la ventana y se puso á llorar copiosamente exhalando gritos involuntarios que la rompían la garganta; luego, sintiendo destrozado todo su ser, dejóse caer al pie del muro, y ocultando su rostro en la cortina para que no se oyese sus gemidos, sollozó abismada en una desesperación insondable.

Tal vez hubiera permanecido así toda la noche, sin un rumor de pasos que oyó en la habitación inmediata y que hizo que se pusiera en pié de un salto. ¿Sería su padre? ¡Y todas aquellas cartas tiradas por el suelo y por la cama! Bastaría que leyese una para que lo supiera todo... ¡él!

Se precipitó, y cogiendo á puñados todos los amarillentos papeles, los de sus abuelos y los de su amante, con los que aún no había desatado y estaban en los cajones del *secretaire*, los arrojó, á puñados, en la chimenea; cogió después una de las bujías que ardían sobre la

mesa de noche y prendió fuego á aquel montón de cartas. Brotó una gran llamarada que iluminó el cuarto, el lecho y el cadáver con un fulgor vivo y juguetón, que dibujaba en negro, sobre la blanca cortina de la cabecera del lecho, el trémulo perfil del rostro rígido y las líneas del cuerpo que parecía enorme bajo las ropas de la cama.

Cuando en el fondo de la chimenea no quedó más que un montón de cenizas, volvió á sentarse cerca de la abierta ventana, como si no se hubiera atrevido á permanecer al lado de la muerta, y rompió á llorar, con el rostro entre las manos y gimiendo con tono de angustia, con tono de queja desolada:

—¡Oh, mamá, mamá! ¡Pobre mamá mía!

Una horrible reflexión acudió á su mente: Sí mamáta no hubiera muerto, por casualidad, si estuviese dormida con un sueño letárgico, si de pronto despertase y hablara... ¿No aminoraría su amor filial el horrible secreto conocido? ¿La besaría con los mismos labios piosos? ¿La querría con el mismo afecto sagrado? No. No era posible. Y pensar esto la desgarraba el corazón.

La noche pasaba; las estrellas palidecían; era la hora fresca que precede al día. La luna, ya muy baja, iba á hundirse en el mar, anacarrando su tersa superficie.

Y presentósele á Juana el recuerdo de aquella noche pasada á la ventana cuando llegó á los *Pueblos*. ¡Qué lejos estaba todo aquello! ¡Cómo había cambiado! ¡Qué diferente veía ahora el porvenir!

En aquel momento el cielo revistió rosado color, un color de rosa alegre, encantador. Juana miraba sorprendida, como delante de un fenómeno, aquel radiante nacimiento del día, preguntándose si era posible que en esta tierra en que lucían tales auroras no hubiese alegría ni felicidad.

El ruido de la puerta la hizo estremecer. Era Julián, que la preguntó:

—Y qué, ¿no estás cansada?

Ella balbuceó: «No,» satisfecha ya de no estar más tiempo sola.

—Ahora, vete á descansar, la dijo su marido.

La joven besó lentamente á su madre con un beso largo, doloroso y triste, y entró en su cuarto.

Pasó el día en esas tristes ocupaciones que pide un muerto. El barón llegó por la tarde. Lloró mucho.

El entierro se verificó al otro día.

Después que, por última vez, hubo apoyado sus labios en la frente helada de su madre; después que la hizo el último tocado y vió meter el cuerpo en el ataúd, Juana se retiró. Los convidados iban á llegar.

Gilberta llegó la primera, y se arrojó, sollozando, en brazos de su amiga.

Veíanse por la ventana los coches, que se paraban á la verja, viniendo al trote. En el gran vestibulo resonaban voces. Mujeres vestidas de negro, á quienes Juana no conocía, entraban poco á poco en la habitación. La marquesa de Coutelier y la vizcondesa de Briseville la besaron.

Estando en esto vió que tía Lison se deslizaba detrás de ella, y la abrazó con ternura, lo cual que hizo desfallecer á la solterona.

Entró Julián, de luto, elegante, atareado, satisfecho de aquella afluencia de gente; habló en voz baja á su mujer para pedirla un consejo, y añadió en tono confidencial:

—Ha venido toda la nobleza; estará muy bien. Y volvió á salir, saludando con mucha gravedad á las señoras.

Sólo tía Lison y Gilberta se quedaron con Juana, mientras se verificaba la fúnebre ceremonia. La condesa no dejaba de besarla, repitiendo:

—¡Pobre amiga mía! ¡Pobre amiga mía!

Cuando el conde de Fourville volvió á buscar á su mujer, lloraba como si hubiera perdido á su madre.